

Solamente un soldado permanecía aislado y lejos de sus compatriotas, expuesto á todas horas á las iras del pueblo. Aquel soldado era el anciano que quedó en el gran teocalli, encargado de cuidar el altar católico y de la imágen de la Virgen.

Si se lanzaba el grito de guerra, él seria la primera victima que sacrificasen los sacerdotes aztecas al sanguinario Huitzilopochtli.

CAPITULO VII

Obstáculos que hallaron en España los comisionados de Cortés.—Reune el gobernador de Cuba una escuadra para enviarla contra Cortés.—Nombra á Pánfilo de Narvaez jefe de la armada.—La audiencia de Santo Domingo se opone á que salga la expedicion.—El gobernador Diego Velazquez la desobedece.—Sale la escuadra.—Número de buques y de tropas que salen.—Salta el ejército á tierra en el mismo sitio en que desembarcó Cortés.—Envia Narvaez sus comisionados á la Villa Rica de la Veracruz.—Gonzalo de Sandoval los despacha para Méjico.

Mientras Hernan Cortés y sus soldados se preparaban á la defensa de sus cuarteles y Martin Lopez se ocupaba de la construccion de los tres buques, veamos lo que habian alcanzado en la corte de Carlos V los enviados Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montojo. Despues de haber tocado el navío, contra las instrucciones del caudillo español, en la isla de Cuba, y esparcido las noticias del presente que enviaba Cortés al soberano, continuó su viaje á España. La navegacion fué feliz, y en

los primeros días de Octubre de 1519 llegó á Sevilla, donde produjo una sensacion profunda la noticia de las apreciables riquezas que conducia. Era el primer buque que llevaba, desde el descubrimiento de la América, una cantidad razonable de oro, pues hasta entonces, casi todo lo que se habia enviado de las Antillas pertenecia á productos agrícolas.

Se hallaba en Sevilla, á la llegada de los enviados de Cortés, Benito Martin, capellan del gobernador de la isla de Cuba, que habia marchado de la Habana á la corte de España, con el fin de alcanzar, para Diego Velazquez, el título de Adelantado y otras distinciones importantes. Todo lo habia logrado; y despues de haber remitido al gobernador de Cuba los documentos anhelados, marchó á Sevilla, donde esperaba el primer barco que se hiciese á la vela para marchar en él. La llegada de los enviados de Cortés y la noticia que alcanzó de lo que llevaban y de las pretensiones con que iban á la corte, le causaron notable disgusto. Si los comisionados alcanzaban el objeto que Cortés se habia propuesto, la autoridad de Diego Velazquez no podia extenderse al territorio azteca. El capellan de Diego Velazquez elevó una queja ante los ministros de la casa de contratacion, con objeto de destruir los proyectos de Hernan Cortés. Dijo que el buque enviado por él pertenecia al gobernador de Cuba; que los que acababan de llegar en él, lo mismo que el general que los enviaba con el rico presente, eran unos rebeldes á la autoridad de la isla, y en consecuencia al rey.

En virtud de esta queja presentada por una persona respetable, que debia hallarse enterada de los asuntos de la

América, el buque fué embargado, y á ninguna persona que se hallaba á bordo se le permitió sacar ni aun los efectos que le pertenecian. Respecto de los comisionados, se les dijo que podian acudir al rey; pero saltaron á tierra sin que se les dejase tomar los fondos indispensables para los gastos del viaje, ni aun la cantidad que Hernan Cortés enviaba á su anciano padre. Ante aquel inesperado contratiempo, los enviados comprendieron que no quedaba otro medio para alcanzar justicia que presentarse al monarca, entregarle los despachos que les habia encargado el Ayuntamiento de Veracruz y pedir contra la injusticia que acababa de cometerse con ellos. Antes de emprender el viaje á la corte, creyeron conveniente pasar á Medellin, donde vivia el padre de Hernan Cortés, y ver si queria acompañarles. El noble anciano, al saber el objeto que llevaban, les recibió lleno de emocion y de alegría. Tiempo hacia que Martin Cortés ignoraba lo que habia sido de su hijo, y al tener noticias de que vivia, de que se acordaba de él y de la importancia de su expedicion, sintió rodar por sus mejillas el llanto del amor paternal. Inmediatamente se dispuso para seguirles, y juntos llegaron á Tordesillas, residencia de Juana la Loca, madre de Carlos V, donde se habia detenido este monarca al marchar á Compostela, á donde habia convocado las Cortes castellanas. Los comisionados y Martin Cortés, acompañados del piloto Alaminos, se presentaron al monarca. Casi al mismo tiempo tuvieron la fortuna de que llegase el rico regalo de Cortés, que la casa de contratacion no se atrevió á detener por estar destinado al soberano. La perfeccion con que estaban trabajadas las diversas y multiplicadas piezas

de oro y plata; la delicada manufactura de las finas telas de algodón que podían competir en suavidad con la seda; las bellísimas colchas de pluma, formando caprichosos y admirables dibujos, y la noticia de la grandeza del país, de la suntuosidad de sus ciudades y de la abundancia de preciosos metales que ostentaba en sus feraces provincias, llamaron la atención de los cortesanos. El rey escuchó atentamente á los comisionados, y tuvo varias conferencias con ellos, manifestándose satisfecho de la lealtad y relevantes prendas de Cortés. Debe creerse que hubiera accedido á la petición de los enviados y admitido como buena la irregular conducta observada por los expedicionarios al nombrar su Ayuntamiento de Veracruz, si hubiera comprendido toda la importancia del país descubierto y los males que podían surgir de la tardanza en el despacho de aquel asunto. Pero había recibido noticias de su elección para la corona de Alemania, y su ardiente afán era marchar lo más pronto posible á Flandes, para cuyo viaje había prevenido ya su armada.

Con su partida quedó remitida la instancia de Hernán Cortés al cardenal Adriano y á las personas que durante la ausencia del monarca le habían de aconsejar en el gobierno. En los negocios relativos á las posesiones de América se había de escuchar el parecer del Consejo de Indias, y en consecuencia, en el exámen de las pretensiones de Velazquez y de la solicitud de Cortés, se observaron las instrucciones prescritas.

No dudaron los enviados de Veracruz que la determinación sería pronta y favorable para su general, y es de creerse que hubiera sido así, á no haber estado al frente

del Consejo de Indias una persona que se había declarado protectora del gobernador de Cuba. Esa persona era el obispo de Búrgos, D. Juan Rodríguez de Fonseca, presidente del referido Consejo de Indias, desde que fué creado por el rey Fernando el Católico. Hombre de clara inteligencia y conocedor de los negocios relativos á la América, su voto en ellos era respetado por todos, y generalmente cedían á su autoridad y experiencia. Por desgracia, no correspondía á su inteligencia, actividad y conocimientos, la sinceridad. Cuando se empeñaba en favorecer á una persona que había logrado atraerse su aprecio, no perdonaba medio ninguno para conseguirlo. Cuando le profesaba antipatía, le hacía una guerra declarada. Protector de Diego Velazquez, opinaba que, según el título de adelantado que tenía del emperador, era el dueño de la empresa confiada por él á Cortés, y se esforzaba en probar lo expuesto que sería ceder á la petición del último, cuando no podía considerársele sino como á un rebelde. Los miembros del Consejo, aunque veían en la argumentación del obispo de Búrgos más pasión que justicia, no se atrevieron á resolver definitivamente un negocio que consideraban altamente grave, y creyeron prudente dejar sin resolver el punto hasta que volviese de Alemania el emperador. Lo único que entretanto pudieron conseguir los representantes de Cortés y su anciano padre, fué que se les mandase entregar algunas cantidades, á cuenta de los mismos bienes que se hallaban detenidos en Sevilla, á fin de que pudieran atender á los gastos que hacían durante el tiempo que se detenía la resolución.

Mientras encontraba esas terribles trabas la solicitud de

Hernan Cortés, el gobernador de Cuba hacia grandes aprestos de navíos y de gente para castigarle como á rebelde.

En otro capítulo hemos visto ya la indignacion que sintió contra Cortés cuando supo que el barco en que enviaba el rico presente al monarca no habia sido capturado por los que envió en su persecucion.

Entonces dirigió sus quejas al obispo de Búrgos D. Juan Rodriguez de Fonseca, pintando con los mas negros colores la conducta del que llamaba rebelde capitán, y pidiendo que se pusiera término á su ambicion. Iguales quejas elevó á la Audiencia de Santo Domingo y á los padres Jerónimos que, como he dicho, formaban el gobierno de las colonias españolas en América. La contestacion de los últimos, lejos de apoyar sus deseos de venganza, se detenia en observaciones prudentes, que tenian por objeto persuadirle á que viese en Hernan Cortés un fiel vasallo que enviaba á su monarca grandes riquezas y llevaba á los pueblos envueltos en la idolatría la salvadora luz del Evangelio.

Diego Velazquez, estallando en ira al recibir aquella contestacion, que se oponia á sus miras, resolvió castigar por sí mismo la conducta de Hernan Cortés. Sin pérdida de momento empezó á trabajar, con infatigable actividad, en reunir una respetable flota. Para conseguir recursos y gente, recorrió personalmente la isla, interesando á todos en la empresa con lisonjeras esperanzas y premios envidiables. No fueron estériles sus esfuerzos. Sus prometi-mientos y las halagadoras noticias que se tenian de la abundancia de oro que existia en la Nueva España, despertó en muchos el deseo de marchar en la expedicion.

Velazquez se lisonjeó alcanzar, en plazo no muy lejano, un completo triunfo sobre Hernan Cortés. Merced á su actividad y á su influjo, logró reunir una armada relativamente formidable. Diez y ocho buques formaban la escuadra y estaban dispuestos á darse á la vela. En ellos se hallaban novecientos hombres, incluidos ochenta de caballería, con magníficos corceles; noventa ballesteros, setenta escopeteros, diez y ocho piezas de artillería y quinientos hombres de mar. Aquella armada era la mas formidable que se habia dispuesto, hasta entonces, en los mares de América. Velazquez habia elegido para jefe de ella á Pánfilo de Narvaez, hidalgo castellano que habia militado al lado del gobernador en la conquista de la isla de Cuba. Era hombre de cuarenta y dos años, alto y membrudo, de largo rostro y barba rubia, de agradable presencia, pero algo presuntuoso y arrogante; hablaba con estilo enfático, dando á su acento una entonacion hueca, como si su voz, dice Bernal Diaz, «saliese de una bóveda». Poseia vastos conocimientos militares, pero era demasiado tolerante en la disciplina militar, y carecia de aquella prevision y actividad que distinguian al hombre á quien iba á combatir. Como jinete, podia considerarse de los primeros; y respecto de valor, disfrutaba la fama de muy esforzado. Amigo de Velazquez, habia desempeñado cargos honoríficos en la isla de Cuba, y su posicion social era distinguida (1).

(1) Bernal Diaz, que conoció á Pánfilo de Narvaez, le describe de la manera siguiente: «Era el Narvaez al parecer obra de cuarenta y dos años, é alto de cuerpo é de recios miembros, é tenia el rostro largo é la barba rubia, é agradable presencia, é la plática é voz muy vagarosa é entonada, como que salia de bóveda; era buen jinete é decian que era esforzado.»

La Audiencia real de Santo Domingo, que desde un principio habia aconsejado al gobernador de Cuba que no sembrase obstáculos en el camino emprendido por Cortés, se alarmó al saber que la flota se hallaba próxima á zarpar. Revestida como estaba la Audiencia de Santo Domingo de la suprema autoridad, resolvió impedir la salida de la escuadra, que no podia dar mas que tristes resultados á los intereses de España. Eligió para desempeñar la delicada comision al licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de la misma real Audiencia. La eleccion no podia ser mas acertada. Ayllon reunia á una entereza noble y digna, una instruccion vasta y una prudencia recomendable. Siendo urgentes los momentos, se embarcó sin pérdida de tiempo en el bajel mas velero, y partió para la isla de Cuba. Debía, segun las instrucciones que llevaba, interponer su autoridad, y contener, si le era posible, la salida de la expedicion. Llegó el oidor en los instantes en que mas activo se manifestaba Velazquez en despachar la flota. El prudente licenciado, valiéndose de las razones mas sólidas, trató con el lenguaje de la amistad y del consejo de disuadirle de su empresa. Presentó los males que resultarian á la corona y á la religion, de impedir la terminacion de una conquista que habia empezado bajo los mas favorables auspicios. Enviar fuerzas contra el hombre que se hallaba prestando servicios importantes al rey y á la doctrina del Evangelio, era llevar la guerra civil, para destruirse mutuamente, y quedar impotentes ambos para dar cima á la civilizadora empresa acometida. Ante el sagrado deber de la patria y de la religion, debian callar todos los afectos de enemistad y de odio personal. Desistir del envío de la

escuadra seria un rasgo honroso, que le enalteceria á los ojos del soberano y del mundo entero, puesto que el verdadero heroismo consiste en la abnegacion de sí mismo en servicio de la patria. Debía, por lo mismo, hacer á un lado todo resentimiento personal; olvidar, por entonces, las antiguas faltas de subordinacion de que se quejaba; y lejos de oponer obstáculos á la obra grandiosa que marchaba felizmente, facilitar su realizacion, enviando recursos que el monarca y la nacion sabrian agradecer cumplidamente. No impedía esto que manifestase los poderes que hubiese recibido del rey de España, para exigir de Hernan Cortés y de los suyos la obediencia; pero si ponian óbice á su reconocimiento, libre tenia la accion de los tribunales, que resolverian con arreglo á justicia. Entretanto, como súbdito leal y como católico, debía emplear los buques, la gente y los elementos de guerra que tenía reunidos, no en impedir los descubrimientos de Cortés, sino en hacer otros no menos importantes por diferente rumbo.

El razonado discurso del juicioso licenciado Ayllon, aunque descansando en una verdad clara como la luz meridiana, no hizo cambiar en nada la resolucion de Diego Velazquez, que se manifestó obstinado en su pensamiento de hacer entrar en la obediencia á Cortés por medio de la fuerza. El gobernador de Cuba no podia tolerar los elogios que se tributaban á Cortés, porque se imaginaba que él era el único á quien pertenecia la gloria que á su rival se le daba. Creía que la parte que habia tomado en el apresto de la expedicion primera, le daba derecho al título de conquistador; y que el envío de los tesoros al monarca, de ninguna manera le correspondia al hombre á quien habia